

“Nada más oírlo, se le incendiaban las vagas memorias de los cuartos. Habitaciones donde la noche entraba y salía perfilada de rojo.

Nada más oírlo, se le llenaba la boca de gritos. Y no sabía qué hacer más que susurrarle un tal vez y pedir disculpas. Pedir disculpas, irse, irse a vagar por la amplitud del cerebro, por las venas sin morar.”

Entrar en los relatos de **Esmeralda Berbel**. Penetrar en un vergel frondoso, sensual y onírico. Descubrir flores comestibles, plantas sanadoras, collares de pétalos, mariposas extraviadas. Hallar mujeres que florecen y otras que se vuelven árboles, plantas viajeras que se desarrancan de su tierra, abuelas, padres, madres e hijas, miedos, huidas, cicatrices, desamores, amores y silencios.

Entrar en los relatos de **Esmeralda Berbel** con los pies descalzos, los poros abiertos y sin querer entenderlo todo. Seguir sus pasos, dejarse envolver por sus palabras trenzadas como lianas preciosas. Y así, sólo así, sentir el olor de la tierra, el crujir de los tallos cortados, las caricias de las corolas, el gusto de las flores del ciruelo, el perfume secreto de las anémonas. Escuchar la canción triste de la mandrágora.

Ver el color de las nueces cuando caen del árbol y nadie las recoge.

Y el rojo de la sangre del corazón de las amapolas.

Matilde Martínez, editora de Godall Edicions

**Alisma, mujer que permanece en el fondo de un sueño y brama
con su capa de oro un lento gemido que se disuelve al amanecer.**

Esmeralda Berbel (Badalona,1961). Estudia Filología Hispánica en la Universidad de Barcelona. Es finalista del certamen de relatos breves «Imágenes de mujer» con la publicación del cuento *No me dijo*; finalista del certamen de narrativa castellana de la Fundació La Caixa con el cuento *Dormir y despertar*; finalista del premio Femenino-Lumen con el libro de relatos *El hombre que pagaba noches enteras*; en 2000, por el cuento *Albahaca*, recibe el premio de L'Associació de dones progressistes Montserrat Roig, que también premia el cuento *Amapolar*. En 2006 recibe el premio al relato *Arborecer* por el



concurso literario de narrativa para mujeres en Terrassa; y en 2007 el premio al relato inédito *La línea* en el Certamen Cuentos Breves del sur en Adrogué, Buenos Aires. Y es finalista del premio Ana María Matute con *Detrás y delante de los puentes*.

Es profesora de la Escuela de Escritura del Ateneo Barcelonés y de otros centros públicos y privados.

Ha publicado varios libros de poesía, como *Calma corazón, calma* o *Fumar en la bañera*; libros de entrevistas como *Interiores* o *Trátame bien*; libros de relatos como *El hombre que pagaba noches enteras*; la novela autobiográfica *Detrás y delante de los puentes*, y el diario personal *Irse*.

Corría tan rápido que las amapolas llegaban aún con el palpito. Daniel depositaba las seis flores en mi ventana y miraba hacia mí.

Yo estaba en la siembra.

Él soltaba los seis tallos y los dejaba en mi habitación. En la repisa.

En casa, los cerrojos sólo se usaban cuando llegaban presagios de algún mal. Me gustaba mirar cómo la noche empujaba suave nuestra puerta sin trabar y se quedaba mirando las seis flores rojas. La noche cogía una amapola, la envolvía en su túnica. La flor parecía el corazón.

Eso ocurría en primavera. En invierno no había papaveráceas.

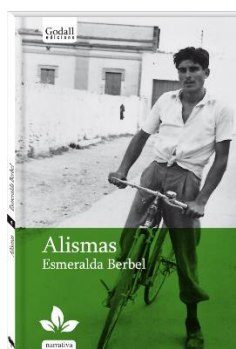
En nuestra aldea, cuando llega el buen tiempo vienen los recogedores de amapolas. Antes de empezar su trabajo dicen: «Ya estamos aquí, como todos los años, para arrancaros. Qué bonitas sois». Después, todo el rojo se desplaza hacia el carro, donde también hay paja y manojos de lavanda para sus mujeres.

Las amapolas que me trae Daniel las guardo en paños de franela. Primero las seco en el solar y, cuando se les ha ido toda el agua, las voy recogiendo y las pongo en los paños que voy doblando en dos, para que se vean por fuera los

labrados del tejido. Pongo los paños debajo de la cama. Mi abuela me pide pétalos para derramar en los barreños o para hacer jarabes. Ella se dedica a las plantas. Tengo unos pétalos aparte, los que recojo con mi hermana Blanca. Le doy de éstos.

Si sobran pétalos, los ensartamos y nos hacemos unos collares que duran uno o dos días. Las noches que toca bañarse miramos cómo mi abuela mezcla las hierbas, primero las más recias y, al final, casi sin que les toque el hervor, los pétalos. Cuando Blanca se viste, mi abuela se me acerca y me dice al oído: «Ésta no es tu hermana, se le nota en la piel que no lo es».

También dice que, si un hombre te trae seis flores rojas, de las que duran un pálpito, ése es el amor que te espera.



[Godall Edicions](http://www.godalledicions.com)

ISBN 978-84-949432-5-6 | Páginas: 187 | PVP 18,00 €